

pués de la desaparición del período clásico anterior al estagirita sobrevino la decadencia de esta vida científica tan rica y tan fecunda que siguió á la muerte de Aristóteles; más tarde los espíritus indecisos se refugiaron en este sistema que parecía brindarles la protección más poderosa; durante algún tiempo el astro de la escuela peripatética brilló con luz intensa al lado de las otras estrellas filosóficas, pero el influjo de Aristóteles y su doctrina no impidió la reaparición, inmediatamente después de él, de opiniones materialistas que se reprodujeron con gran energía y que procuraron adaptarse diversos puntos de su propio sistema.

## CAPITULO IV

### El materialismo en Grecia y Roma después de Aristóteles.—Epicuro.

Vicisitudes del materialismo griego.—Carácter del materialismo después de Aristóteles.—Predominio del fin moral.—El materialismo de los estóicos.—Epicuro; su vida y su personalidad.—Cómo veneraba los dioses.—Liberación de las supersticiones y del temor á la muerte.—Su teoría del placer.—Su física.—Su lógica y su teoría del conocimiento.—Epicuro escritor.—Las ciencias positivas comienzan á aventajar á la filosofía.—Parte que corresponde al materialismo en las conquistas científicas de los griegos.

Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo el desenvolvimiento por serie de oposiciones, al cual Hegel ha dado tan grande importancia en la filosofía de la historia, debe explicarse siempre por el conjunto de condiciones de la historia de la civilización. Una doctrina cuyo imperio había tomado tan vastas proporciones y que parecía arrastrar en su séquito toda una época, comienza á desaparecer y no encuentra ya terreno favorable en la generación naciente mientras que otras ideas hasta entonces latentes desplagan la energía de la juventud, se acomodan al carácter ya modificado de pueblos y gobiernos y da una nueva solución al enigma del mundo. Las generaciones se agotan produciendo ideas, semejándose al suelo que por haber dado durante mucho tiempo la misma cosecha se esteriliza, correspondiendo entonces al campo que quedó en barbecho producir á su vez mies nueva y fecunda. Estas alternativas de vigor y debilidad se manifiestan también en la historia del materialismo helénico; este sistema predominaba en la filosofía del siglo v antes

de Jesucristo, en la época de Demócrito é Hipócrates; sólo á fines de este siglo da paso al espiritualismo, el cual, después de haber sufrido diversas modificaciones, constituyó en el siglo siguiente el fondo de los sistemas de Platón y Aristóteles.

En cambio, de la escuela misma de Aristóteles salieron hombres tales como Dicearco y Aristoxéno, quienes negaron la substancialidad del alma, y, por último, el célebre físico Straton de Lampsaco, cuya doctrina difiere poco del materialismo á juzgar por algunas noticias que tenemos acerca de su filosofía. Straton sólo veía en el «intelecto» de Aristóteles la conciencia fundada en la sensación (37); á sus ojos la actividad del alma era un movimiento real; hacía derivar toda existencia y vida de las fuerzas naturalmente inherentes á la materia. Sin embargo, si bien es verdad que todo el siglo III está á su vez caracterizado por un nuevo vuelo del pensamiento materialista, la reforma operada por Straton en la escuela peripatética no puede considerarse más que como una tentativa de conciliación; el sistema y la escuela de Epicuro lo consiguen decididamente. Los grandes adversarios de esta última filosofía, los mismos estóicos, se acercan visiblemente, en el terreno de la física, á las opiniones materialistas.

La evolución histórica que abrió el camino á la nueva corriente de ideas fué la ruina de la independencia griega y el derrumbamiento del estado social de los helenos, terminando así este floreciente período, corto pero único en su género, y al fin del cual vemos surgir la filosofía ateniense. Sócrates y Platón eran atenienses, hombres que gozaban de ese espíritu eminentemente helénico, el cual, á decir verdad, comenzaba á desaparecer ante sus ojos. Por la época de su vida y por su personalidad, Aristóteles pertenece ya al período de transición, pero como se apoya en Sócrates y Platón se le une también al período precedente. ¡Qué estrechas relaciones entre la mo-

ral y la idea gubernamental se encuentran en los escritos de Platón y de Aristóteles! Las reformas radicales en el Estado, tal como las entendía Platón, están consagradas (como las discusiones conservadoras de la política de Aristóteles) á un ideal de gobierno que debe oponer una sólida barrera á la invasión del individualismo. Pero el individualismo era la enfermedad del tiempo; ahora vemos aparecer hombres de un carácter muy diferente que se apoderan de la dirección de los espíritus; son todavía las avanzadas del mundo griego que suministran á la nueva época el mayor número de filósofos eminentes; esta vez no salen de las antiguas colonias de Jonia y la Grande Grecia, sino principalmente de las comarcas en donde el genio griego ha estado en relación con las civilizaciones extranjeras, casi todas orientales.

El amor á las investigaciones positivas en el estudio de la naturaleza se manifiesta de nuevo con mayor energía en este período, pero la física y la poesía comienzan á separarse; aunque en la antigüedad no se haya levantado nunca entre el estudio de la naturaleza y de la filosofía una oposición tan marcada y tan constante como en los tiempos modernos, sin embargo, los grandes nombres no son ya los mismos en estas dos ciencias; los naturalistas, afiliándose á una escuela filosófica, toman la costumbre de reservarse una libertad más ó menos grande, y los jefes de las escuelas filosóficas á su vez no son ya los investigadores de la naturaleza sino que se limitan á defender y á enseñar sus propios sistemas. El punto de vista práctico que Sócrates hizo prevalecer en la filosofía se unió entonces al individualismo acentuándose mucho más, pues los puntos de apoyo que la religión y la vida política habían suministrado á la conciencia del individuo, durante el anterior período, se desploman completamente y, en su aislamiento, la inteligencia pide y encuentra en la filosofía su único sostén; de ello resultó que hasta el materialismo de esta época, á pesar del estrecho lazo que

le une á Demócrito en lo que concierne al estudio de la naturaleza, se propuso ante todo un fin moral, quiso libertar al espíritu de dudas é inquietudes y llegar á la paz tranquila y serena del alma; pero antes de hablar del materialismo en el sentido más restringido de la palabra (véase la nota primera), daremos algunos detalles acerca del «materialismo de los estóicos».

A primera vista pudiera creerse que no existe materialismo más lógico que el de los estóicos, que consideraban como corporal todo cuanto tiene una realidad; Dios y el alma humana, las virtudes y las pasiones son de los cuerpos; no pudo haber oposición más radical que la que existe entre Platón y los estóicos; aquél enseñaba que el hombre es justo cuando participa de la idea de justicia y éstos pretenden que hay en el cuerpo la materia de la justicia. Esta doctrina tiene un tinte pasajero materialista, pero no el rasgo característico de él: la naturaleza puramente material de la materia y la producción de todos los fenómenos, comprendiendo en ellos la finalidad y la inteligencia, por movimientos de la materia conformes con las leyes generales del movimiento. La materia de los estoicos está dotada de las fuerzas más diversas, y sólo por medio de la fuerza es como cambia en cualquier circunstancia; la fuerza de las fuerzas es la divinidad, cuya actividad mueve el mundo entero al través del cual brilla; así la divinidad y la materia indeterminada están casi en oposición una con otra, como en el sistema de Aristóteles la forma y energía supremas y la simple posibilidad de llegar á ser todo lo que la forma suprema opera en la materia, en resumen, como se oponen Dios y la materia. Ciertamente que los estóicos no reconocen Dios alguno trascendente ni alma alguna distinta del cuerpo; su materia está por completo animada y no sencillamente puesta en movimiento; su Dios se identifica con el mundo, pero es algo más que la materia que se mueve, es la «razón ígnea del mundo» y esta razón opera lo que es razonable, lo que está conforme

con la finalidad, como hace la materia racional de Diógenes de Apolonia según leyes que el hombre saca de su conciencia y no de la observación de los objetos sensibles. El antropomorfismo, la teleología y el optimismo dominan, pues, por completo en el estoicismo y, para caracterizarle con precisión, se puede decir que es panteísta. La doctrina de los estóicos acerca del libre albedrío es de una claridad y pureza notable; para que un acto sea moral es preciso que dimanе de la voluntad y, por consecuencia, de la esencia más íntima del hombre; en cuanto al modo según el cual se formula la voluntad de cada hombre, no es más que una emanación de la gran necesidad y de la predestinación divina que hasta en sus menores detalles regula todo el mecanismo del universo. El hombre es responsable hasta de sus pensamientos, porque sus juicios se someten al influjo de su carácter moral.

El alma, que es de naturaleza corporal, subsiste todavía algún tiempo después de la muerte; las almas de los malos y de los desprovistos de sabiduría, cuya materia es menos pura y menos duradera, perecen más pronto; las almas virtuosas se elevan á la mansión de los bienaventurados donde continúan existiendo hasta que, en el gran abrazo de los mundos, caigan con todo lo que existe en la unidad de la esencia divina. Pero, ¿cómo los estoicos llegaron á su ambiciosa teoría de la virtud con semejante concepción del universo que en tantos puntos se acerca al materialismo? Zeller cree que su tendencia práctica les hizo adoptar la metafísica en su forma más simple, tal como resulta de la experiencia inmediata del hombre considerado en sus actos (38). Esta explicación es muy plausible; sin embargo, en el sistema de Epicuro la moral y la física están unidas por un lazo más íntimo. ¿Cómo la relación estrecha de estas dos ciencias se les escapó á los estóicos? ¿No pudo encontrar acaso Zenón en la idea misma de la unidad absoluta del universo un punto de apoyo para su doctrina de la virtud? A Aristóteles

nos deja en el dualismo del Dios trascendente y del mundo al cual ese Dios imprime el movimiento, en el dualismo del cuerpo movido por fuerzas animales y de la inteligencia inmortal separable del cuerpo; ésta es una excelente base para el alma contrita del cristiano de la Edad Media que gime en el polvo y aspira á la eternidad, pero no para la arrogante independencia de un estóico. La distancia del monismo absoluto á la física de los estóicos no es grande, porque para el primero ó todos los cuerpos son necesariamente una simple idea ó todas las inteligencias, con lo que en ellas se mueve, son necesariamente cuerpos; es más, si se define sencillamente el cuerpo como los estóicos: lo que es extenso en el espacio, no existe en realidad gran diferencia entre su opinión y la de los monistas, aunque parecen diametralmente opuestas; pero detengámonos aquí, porque cualesquiera que hayan podido ser las relaciones entre lo moral y lo físico en el sistema estóico, no es menos verdad que las teorías acerca del espacio, en sus relaciones con el mundo de las ideas y de los cuerpos, pertenecen exclusivamente á la edad moderna. Ocupémonos ahora del materialismo renovado por Epicuro, materialismo riguroso fundado en una concepción del mundo puramente mecánica.

El padre de Epicuro era, según cuentan, un pobre maestro de escuela en Atenas á quien la suerte le asignó un lote en la colonia de Samos; Epicuro nació, pues, en esta isla hacia fines del año 342 ó principios del 41, antes de Jesucristo. Se refiere que un día, á los catorce años de edad, leyendo en la escuela la cosmogonía de Hesíodo, que afirma que todo proviene del caos, preguntó: «¿y de dónde proviene el caos?» No satisfaciéndole la respuesta de sus maestros, el joven Epicuro comenzó desde entonces á filosofar por sí mismo y sin guía alguno. Y, en efecto, puede considerarse á Epicuro como un autodidáctico, aunque las principales ideas que combinó en su sistema fuesen generalmente conocidas y las tomase de

otros. Desde el punto de vista enciclopédico, sus estudios preparatorios dejan algo que desear; no se unió á ninguna de las escuelas entonces dominantes, pero estudió con entusiasmo las obras de Demócrito que le condujeron al principio de su concepción del mundo y á la *teoría de los átomos*; ya en Samos, Nausifano, partidario de Demócrito é inclinado al escepticismo, le había comunicado sus ideas. Sea lo que quiera, no se puede admitir que Epicuro haya sido autodidáctico por ignorar otros sistemas, porque desde la edad de diez y ocho años residió en Atenas y es probable que siguiera los cursos de Jenofonte, discípulo de Platón, mientras que Aristóteles, acusado de impiedad, esperaba en Calcis el fin de su existencia.

¡Qué diferencia entre la Grecia del tiempo de Epicuro y la Grecia de la época de las enseñanzas de Protágoras, cien años antes! Entonces Atenas, la ciudad de la libre civilización, había alcanzado todo el poder que tuvo en el exterior; las artes y la literatura estaban en plena florecencia, la filosofía, en su vigor juvenil, llegaba hasta la presunción... Cuando Epicuro fué á estudiar á Atenas, la libertad de este pueblo agonizaba; Tebas acababa de ser destruida y Demóstenes vivía en el destierro; desde el fondo del Asia resonaban las noticias de los triunfos del macedonio Alejandro; se descubrían las maravillas de Oriente y, enfrente los nuevos horizontes, el pasado glorioso de la patria griega no aparecía más que como el prelude ya extinguido de nuevos desenvolvimientos, de los cuales nadie conocía el origen ni preveía el fin. Alejandro murió súbitamente en Babilonia y la libertad agonizante expiró bien pronto á los golpes del cruel Antipater. En medio de estas turbulencias, Epicuro abandonó á Atenas para regresar á Jonia, donde residía su familia; se dice que en seguida fué á enseñar á Colofón, á Mitilene y á Lampsaco; en esta última ciudad tuvo sus primeros discípulos; no volvió á Atenas hasta su edad madura, donde compró un jardín, en el cual vivió

con sus discípulos; este jardín, según cuentan, tenía la siguiente inscripción: «Extranjero, aquí te encontrarás bien; aquí reside el placer, el bien supremo.» Epicuro vivió allí con moderación y sencillez rodeado de sus discípulos, en una concordia y una amistad perfectas, como en el seno de una familia tranquila y afectuosa; en su testamento legó á sus discípulos el jardín, del cual hicieron ellos durante mucho tiempo el centro de reunión; toda la antigüedad entera no conoció ejemplo de una vida en común más bella ni más pura que la de Epicuro y sus discípulos. Epicuro no ejerció nunca empleos públicos, lo que no le impidió amar á su patria; jamás tuvo conflicto alguno con la religión porque reverenciaba asiduamente á los dioses, siguiendo el uso tradicional, sin afectar, no obstante, en este punto opiniones que no eran suyas.

Fundaba la existencia de los dioses en la claridad del conocimiento subjetivo que tenemos de ellos: «el ateo, añadía, no es el que niega los dioses de la multitud sino más bien el que divide las opiniones de ésta relativas á los dioses; á éstos debe mirárseles como seres inmortales, eternos, cuya beatitud excluye toda idea de solicitud ó de ocupación; así, los acontecimientos de la naturaleza siguen su marcha regulada por leyes eternas en que los dioses no intervienen; es ofender su majestad creerlos ocupados en nosotros, más no por eso deberemos reverenciarles menos á causa de su perfección». Si se reúnen todas estas aserciones, que en parte parecen contradictorias, parece indudable que Epicuro honraba en realidad la creencia en los dioses como un elemento del ideal humano, pero que no veía en ellos seres exteriores; el sistema de Epicuro quedaría para nosotros envuelto en contradicciones si no se le considerase, desde el punto de vista de este respeto subjetivo á los dioses, como poniendo nuestra alma en un acuerdo armónico consigo misma. Si los dioses existiesen sin acción, la crédula frivolidad de las masas se hubiera contentado con admitir su existencia,

pero no les adoraría, y Epicuro, en el fondo, hacía todo lo contrario; reverenciaba á los dioses por su perfección y le importaba muy poco que esta perfección se mostrara en sus actos exteriores ó se desplegara sencillamente como un ideal en nuestro pensamiento; esta última opinión parece haber sido la suya. En este sentido debemos creer que su respeto á los dioses no fué pura hipocresía y que se preocupaba de conservar buenas relaciones con la masa del pueblo y con la temible casta de los sacerdotes. Este respeto era ciertamente sincero; sus dioses indiferentes y exentos de dolor personificaban en cierto modo el verdadero ideal de su filosofía; hacía, todo lo más, una concesión al orden de cosas existente y sin duda cedía también á las dulces costumbres de su juventud cuando se unía á las formas que debieron parecerle menos arbitrarias y que, por sus detalles, sólo podían inspirarle indiferencia. Así es como Epicuro supo dar á su vida el tinte de una sabia piedad sin alejarse del fin principal de su filosofía y conseguir esa tranquilidad del alma que tiene por fundamento único é inquebrantable la ausencia de toda superstición insensata. Epicuro enseñó formalmente que el movimiento de los cuerpos siderales mismos no se deriva del deseo ó de la impulsión de un ser divino y que los cuerpos celestes no son tampoco seres divinos, sino que están regidos según un orden eterno que alternativamente produce el nacimiento y la muerte. Investigar la causa de este orden eterno es el objeto de quien estudia la Naturaleza, y, en el conocimiento de esta causa, es en el que los seres perecederos encuentran su felicidad.

El simple conocimiento histórico de los fenómenos naturales sin la comprobación de las causas no tiene valor alguno, porque no nos libra del temor ni nos eleva un punto sobre las supersticiones; cuanto más descubrimos las causas de los cambios, más sentimos la tranquilidad de la contemplación; no se debe creer que estos estudios

no ejercen influencia alguna sobre la felicidad, porque la más grande inquietud que agita al corazón humano proviene de que miramos las cosas terrestres como bienes imperecederos y adecuados para asegurar nuestra ventura; por eso temblamos ante todo cambio que viene á contrariar nuestras esperanzas; quien considere las vicisitudes de las cosas como formando necesariamente parte de su esencia, está de seguro exento de este pavor.

Otros, según los antiguos mitos, tienen un porvenir eternamente desgraciado ó, si son demasiado sensatos para experimentar semejante miedo, temen al menos como un mal la privación de todo sentimiento producido por la muerte, y se imaginan que el alma puede sufrir también esta insensibilidad; pero la muerte es para nosotros una cosa indiferente por lo mismo que nos arrebatara todo sentimiento; en tanto que existimos la muerte no es, y cuando la muerte es nosotros ya no existimos; luego no se puede temer la aproximación de una cosa que en sí misma no tiene nada que espante; es seguramente una locura todavía mayor ensalzar una muerte prematura cuando uno se halla siempre en estado de dársela; no hay mal en la vida para quien esté realmente convencido de que el no vivir no es un mal. Todo placer es un bien y todo dolor un mal, pero no ha de seguirse que sea preciso perseguir todo placer y huir todo sufrimiento; los únicos deleites durables son la paz del alma y la ausencia del dolor; ellos constituyen el fin real de la existencia. Acerca de este punto hay una marcada diferencia entre Epicuro y Aristipo, que ponía el placer en el movimiento y consideraba el goce del momento como el fin de cada acción; la vida borrascosa de Aristipo, comparada á la tranquila existencia de Epicuro en su jardín, manifiesta cómo ese contraste pasó de la teoría á la práctica; la juventud turbulenta y la vejez apacible de la nación y de la filosofía griegas parecen reflejarse en estos dos filósofos. Aunque Epicuro haya aprendido mucho de Aristipo, le combate

declarando que el placer intelectual es más elevado y noble que el placer sensual porque el espíritu encuentra emociones, no sólo en el presente, sino también en lo pasado y en lo venidero. Epicuro era consecuente consigo mismo diciendo que era menester practicar las virtudes por el placer que proporcionaban, como se ejerce la medicina para dar la salud; pero añadía que todo se puede separar del placer excepto la virtud, todo lo demás es perecedero y fácil de desatar; en esta cuestión Epicuro coincide con sus adversarios Zenón y Crisipo, que sólo veían en el bien la virtud; sin embargo, la diferencia de los puntos de partida produce las mayores divergencias entre los sistemas. Epicuro hizo derivar todas las virtudes de la sabiduría, la cual nos enseña que no es posible ser dichoso sin ser sabio, generoso y justo, y que, recíprocamente, no se puede ser justo, generoso y sabio sin ser realmente dichoso.

Epicuro pone la física al servicio de la moral y, esta posición subalterna en que la coloca, debía tener un funesto influjo en su explicación de la naturaleza; el estudio de la naturaleza, no teniendo otro fin que libertar al hombre de todo temor é inquietud, una vez alcanzado este fin no tiene ya razón alguna para continuar sus investigaciones científicas; este fin se logra desde el momento en que se demuestra que los acontecimientos pueden provenir de leyes generales; aquí la posibilidad es suficiente, porque si un hecho puede resultar de causas naturales no tengo necesidad alguna de recurrir á lo sobrenatural; en esto se reconoce un principio que el racionalismo alemán del siglo XVIII aplicó más de una vez á la explicación de los milagros; pero se olvida preguntar si podemos y cómo demostrar las verdaderas causas de los hechos, y este vacío arrastra á penosas consecuencias porque el tiempo sólo respeta las explicaciones que están sistemáticamente encadenadas y unidas á un principio único. Como veremos más adelante, Epicuro poseía dicho principio: y era

la atrevida idea de que, vista la infinidad de los mundos, todo cuanto parece posible existe realmente en el universo en un tiempo y en un lugar cualquiera; pero este pensamiento general no tiene que ver gran cosa con el fin moral de la física que debe estar en relación con nuestro mundo; así, con relación á la luna, Epicuro admitía que pudiera tener luz propia, pero que pudiera también reflejarla del sol y, cuando de súbito se obscurece, es posible que su luz se extinga por un momento y es posible también que la tierra se interponga entre el sol y la luna produciéndose el eclipse por la proyección de su sombra; la última explicación parece haber sido sin duda alguna la de la escuela epicúrea; pero está amalgamada con la primera de tal suerte que la respuesta parece distinta; ha habido las dos hipótesis, mas lo importante es que cualquiera de ellas es una explicación natural.

Es preciso que la explicación, para ser natural, descanse en las analogías de otros hechos conocidos, y Epicuro declara que el verdadero estudio de la naturaleza no puede establecer arbitrariamente leyes nuevas sino que ha de fundarse siempre en los fenómenos cuidadosamente observados; desde que se deja el camino de la observación se pierden las huellas de la naturaleza y se entra en el país de las quimeras. Por lo demás, la física de Epicuro es casi en absoluto la de Demócrito, si bien la de aquél ha llegado hasta nosotros con más numerosos detalles. Los puntos esenciales se hallan en los siguientes aforismos: «Nada procede de nada, sin lo cual todo se haría de todo; todo lo que existe es cuerpo, sólo el vacío es incorporeal. Entre los cuerpos, los unos resultan de combinaciones y los otros son los elementos de toda combinación; estos últimos son indivisibles é inmutables en absoluto; el universo es infinito y, por consecuencia, el número de los cuerpos ha de ser también infinito; los átomos están continuamente en movimiento; tan pronto se alejan unos de otros como se apromiman y se unen, y así en toda la eternidad; los

átomos no tienen más propiedades que el volumen, la forma y la pesantez.» Esta tesis, que niega formalmente la existencia de estados internos en oposición con los movimientos y las combinaciones externas, constituye uno de los puntos característicos del materialismo en general; admitiendo los estados internos en las cosas se hace del átomo una mónada y se cae en el idealismo y en el naturalismo panteísta. Los átomos son más pequeños que todo volumen mensurable; tienen volumen, pero no es posible determinarlo porque escapa á todas nuestras medidas; es asimismo imposible de determinar, por su brevedad, el tiempo que dura el movimiento de los átomos en el vacío; sus movimientos se ejecutan en él sin obstáculo alguno; las formas de los átomos son de una inexpresable variedad; sin embargo, el número de las formas visibles no es ilimitada, sin que esto quiera decir que las formaciones de cuerpos en el universo no pudieran encerrarse en límites determinados por lejanas que se las suponga. En un cuerpo limitado, la cantidad y diversidad de átomos son igualmente limitadas; la divisibilidad no se extiende, pues, hasta lo infinito; en el vacío no hay alto ni bajo, aunque deben producirse movimientos en sentidos opuestos; las direcciones de estos movimientos son innumerables y es permitido pensar que allí se operan los movimientos de abajo arriba y de arriba abajo.

El alma es un cuerpo sutil disperso en todo el organismo corporal, y á lo que más se asemeja es á un soplo de aire caliente. Vamos á interrumpir por un momento los pensamientos de Epicuro para hacer una breve reflexión. Los materialistas contemporáneos rechazarían, antes que toda otra hipótesis, la existencia de esta alma compuesta de una materia sutil; semejantes ideas apenas si existen más que en la imaginación de los dualistas; pero era muy diferente en el tiempo de Epicuro, cuando nada se sabía de la actividad del sistema nervioso ni de las funciones del cerebro; el alma material de esta filoso-

fía es una parte integrante de la vida del cuerpo, un órgano y no un sér heterogéneo independiente por sí mismo y sobreviviendo al cuerpo; he aquí lo que resulta de las manifestaciones siguientes: «El cuerpo envuelve al alma y la transmite la sensación que siente por ella y con ella, aunque incompletamente, y pierde esta sensación cuando el alma está distraída; si el cuerpo se disuelve, el alma se disuelve forzosamente con él; el nacimiento de las imágenes en el espíritu proviene de un centelleo continuo de finas moléculas que parten de la superficie de los cuerpos, de suerte que las imágenes reales de los objetos penetran materialmente en nosotros; la audición es también un resultado de una corriente que parte de los cuerpos sonoros; desde que nace el ruido, el sonido se forma por medio de ciertas ondulaciones que producen una corriente aeriforme.» Las hipótesis, á las cuales la ausencia de toda experiencia verdadera da necesariamente un carácter demasiado infantil, nos interesan menos que aquellas que son independientes de los conocimientos positivos propiamente dichos; de este modo Epicuro trató de reducir á leyes de la naturaleza el origen de las lenguas y del saber. Afirmaba que las denominaciones de los objetos no han sido producidas sistemáticamente sino que se formaron á medida que los hombres profirieron sonidos particulares, que variaron según la naturaleza de las cosas; una convención confirmó el empleo de dichos sonidos, y de esta suerte se desarrollaron las diversas lenguas; nuevos objetos dieron nacimiento á nuevos sonidos que el uso extendió é hizo inteligibles. La naturaleza ha instruído al hombre de muchas maneras y le ha puesto en la necesidad de obrar; los objetos cercanos á nosotros hacen nacer espontáneamente la reflexión y la investigación más ó menos pronto según los individuos, y así es como el desarrollo de las ideas se produce hasta lo infinito al través de periodos indeterminados.

La lógica es la ciencia que Epicuro desarrolló me-

nos, pero lo hizo adrede y por motivos que honran mucho á su inteligencia y carácter; cuando se recuerda que la mayor parte de los filósofos griegos trataban de brillar á toda costa con tesis paradójales, con sutilezas dialécticas y embrollando las cuestiones en vez de aclararlas, no se puede menos de elogiar el buen sentido de Epicuro por haber desechado la dialéctica como inútil y perjudicial; tampoco empleaba términos técnicos ni expresiones extranjeras, sino que lo explicaba todo en la lengua usual y corriente; al orador sólo le pedía claridad, y procuró establecer un criterio de la verdad. Aun aquí encontramos un punto acerca del cual Epicuro es, por lo general, mal comprendido é injustamente apreciado hasta en nuestros días. La extrema simplicidad de su lógica está universalmente reconocida, pero se la trata con un desdén que en el fondo no merece; esta lógica es, en efecto, estrictamente sensualista y empírica; desde este punto de vista es como debe ser juzgada y se hallará que sus principios esenciales, en todo aquello que se puede comprender en las noticias mutiladas ó desnaturalizadas que poseemos, no sólo son claros y rigurosos sino también inatacables hasta el punto donde todo empirismo exclusivo deja de ser verdadero.

La base final de todo conocimiento es la percepción sensible, que siempre es verdad en sí; el error no puede nacer más que de la relación establecida entre la percepción y el objeto que la produce. Cuando un loco ve un dragón, su percepción, como tal, no le engaña; percibe la imagen de un dragón, y esta percepción ni la razón ni las reglas del pensamiento pueden hacerla cambiar; pero si cree que este dragón va á devorarlo, se engaña; el error está aquí en la relación entre la percepción y el objeto; es, en términos generales, el mismo error que comete el sabio que interpreta mal un fenómeno perfectamente observado por él en el cielo; la percepción es verdad y, la relación con la causa hipotética, falsa. Aris-



tóteles enseña sin duda alguna que lo verdadero y lo falso sólo aparecen en la reunión del sujeto y del atributo, es decir, en el juicio; la palabra «quimera» no es verdadera ni falsa; pero si alguno dice «la quimera existe ó no existe», cada una de estas dos proposiciones es falsa ó verdadera. Ueberweg pretende que Epicuro ha confundido la verdad con la realidad psicológica; pero para poder afirmar esto es preciso que defina la «verdad» como la «concordancia de la imagen psicológica con un objeto en sí»; esta definición, conforme con la lógica de Ueberweg, ni está por lo general admitida ni es necesaria. ¡Descartemos las disputas de palabras! Cuando el loco de Epicuro dice «esta imagen representa un dragón», Aristóteles no tiene ya objeción alguna que hacer contra la verdad de este juicio; que el loco pueda pensar en realidad de otro modo (¡no siempre!), eso no concierne á nuestro asunto. Esta reflexión debiera también bastar contra lo dicho por Ueberweg; porque no hay ciertamente nada que exista «en sí» en toda la acepción de la palabra ni con tanta realidad como nuestras ideas, de las cuales todo lo demás se deduce; pero Ueberweg comprende las cosas de otra manera, y también sería aquí preciso responder de otro modo á un error que no existe más que en las palabras; Ueberweg no debe llamar á la percepción de Epicuro «verdadera», sino «cierta», porque es un dato simple, inmediato, incontestable.

Y ahora se preguntará: esta certidumbre inmediata de las percepciones aisladas, individuales y concretas, ¿es, sí ó no, el fundamento de toda «verdad» aun cuando se conciba la verdad á la manera de Ueberweg? El empirismo contestará, sí; el idealismo (el de Platón tal vez no, el de Berkeley) no: nosotros volveremos más adelante sobre la profundidad de esta oposición, pues con lo dicho aquí basta para esclarecer por completo y, por lo tanto, justificar el pensamiento de Epicuro. Ante todo, el punto de vista de Epicuro es el mismo que el de Protágoras;

también empiezan por engañarse cuando creen poder refutarle oponiendo esta conclusión: «Epicuro debe, pues, admitir, como Protágoras, que las aserciones contrarias son igualmente verdaderas.» A lo que Epicuro responde: «Son verdaderas cada una con relación á su objeto», en cuanto á las aserciones contrarias relativas al mismo objeto, no se relacionan con él más que en el nombre; los objetos son diferentes, no las «cosas en sí» sino las imágenes de las cosas; estas imágenes son el único punto de partida del pensamiento; las «cosas en sí» no son ni aun el primer grado, sino el tercero, en el proceso del conocimiento» (39). Epicuro va más allá que Protágoras en el camino seguro del empirismo, porque reconoce la formación de imágenes y de recuerdos que nacen de la percepción repetida y que, comparados con la percepción aislada, tiene ya el carácter de una idea general; esta idea general ó como tal considerada, por ejemplo, la idea de un caballo después de que se han visto muchos, es menos segura que la idea primitiva y única; pero, sin embargo, puede, á causa de su carácter de generalidad, jugar un papel muy importante en el pensamiento.

En efecto, la idea general juega el papel de intermediaria para pasar de las sensaciones á las causas, es decir, para estudiar el objeto en sí; este estudio constituye toda la ciencia; ¿qué es, en efecto, todo el atomismo sino una teoría de la cosa en sí tomada como base de los fenómenos? Sin embargo, el criterio de la verdad de todas las proposiciones generales está siempre comprobado por la percepción, base de todo conocimiento; las proposiciones generales no son, pues, en modo alguno más seguras y verdaderas que las otras, son ante todo y exclusivamente «opiniones» que se desenvuelven por sí mismas en las relaciones del hombre con las cosas. Estas opiniones son verdaderas cuando las confirma la percepción. Los empíricos de nuestro tiempo exigen la confirmación de la teoría por los «hechos»; en cuanto á la existencia misma de un

hecho, sólo la percepción lo atestigua; si el lógico objeta «no es la percepción sino la prueba metódica de la percepción la que en definitiva nos enseña la existencia de un hecho», se puede replicar que, en último análisis, la prueba metódica misma no puede ejercerse más que sobre percepciones y sobre la manera de interpretarlas; la percepción es, pues, el hecho elemental, y el antagonismo de los puntos de vista se manifiesta en la cuestión de saber si el método de comprobación tiene un carácter puramente empírico ó si especialmente se apoya en principios reconocidos como necesarios antes de toda experiencia: no tenemos para qué tratar aquí de esa diferencia; nos basta haber mostrado que, aun bajo la relación de la lógica, seducida por una tradición hostil, se ha acusado á Epicuro de ser superficial y absurdo cuando desde su punto de vista procede por lo menos de una manera tan lógica como Descartes, v. gr.; también éste último rechaza la lógica tradicional y la substituye por algunas reglas sencillas que deben presidir á las investigaciones científicas.

Epicuro fué el escritor más fecundo de la antigüedad; sólo le sobrepujó el estoico Crisipo; pero en tanto que los escritos de este último rebosan de citas y pasajes tomados á otros autores, Epicuro no hace jamás cita alguna y todo cuanto escribe lo saca de sí mismo; indudablemente en este desdén por las citas se manifiesta el radicalismo que tan á menudo va unido á las opiniones materialistas: se sacrifica la historia de las opiniones á la historia de la naturaleza. Resumamos estos tres puntos: Epicuro era autodidáctico, no se unió á ninguna de las escuelas dominantes y aborreció la dialéctica, no empleando más que frases y palabras de la lengua vulgar: por último, no citó nunca á otros pensadores y se limitó á ignorar que existiesen aquellos que pensaban de otra manera que él; esta circunstancia nos explicará sin trabajo por qué tantos filósofos de profesión le censuraron un odio implacable; la acusación de frivolidad tiene el mismo ori-

gen, porque todavía hoy es muy común la manía de buscar la solidez de un sistema en frases ininteligibles unidas entre sí por una apariencia lógica; si nuestros actuales materialistas van demasiado lejos combatiendo la terminología filosófica, rechazando á cada paso como poco claras expresiones que tienen un sentido muy preciso y que no son oscuras más que para los principiantes, es porque no tienen en cuenta términos que se han hecho históricos y cuya significación está perfectamente determinada; sin que haya derecho para dirigir á Epicuro una censura semejante, debemos vituperarle también de haber olvidado la historia; en este concepto, como en otros muchos, Aristóteles es el filósofo que más difiere de los materialistas. Ha de observarse que la filosofía griega acaba en Epicuro y su escuela, si no tenemos en cuenta más que los sistemas vigorosos, completos y fundados sobre bases puramente intelectuales y morales; los desenvolvimientos ulteriores del genio griego pertenecen á las ciencias positivas, mientras que la filosofía especulativa degenera por completo en el neoplatonismo.

En el momento que Epicuro, rodeado de sus discípulos, terminaba apaciblemente en Atenas su larga existencia, la ciudad de Alejandría había ya llegado á ser el teatro de un nuevo desarrollo de la actividad de los helenos. No hace mucho tiempo aún que por espíritu alejandrino se entendía toda erudición enemiga de los hechos y todo pedantismo que trafica con la ciencia; hasta aquellos que hacen justicia á la escuela de Alejandría piensan, por lo general, hoy todavía, que era menester el completo naufragio de una nación de tan agudo ingenio para dar más espacio á las satisfacciones puramente teóricas de la necesidad de conocer. Al revés de estas opiniones, el asunto que nos ocupa pide que insistamos en el espíritu creador, el destello vivaz, el grandioso esfuerzo, la audacia y la solidez, todo junto, tanto en la persecución del fin como en la elección de los medios que descubre nuestra

atención en el mundo intelectual de Alejandría. Si, en efecto, la filosofía que empezó con el materialismo viene á parar, por último, después de una corta y brillante carrera al través de todas las transformaciones imaginables, en sistemas materialistas y en modificaciones de estos sistemas aportadas á los otros, hay derecho para preguntar cuál fué el resultado definitivo de todo este gran movimiento de ideas; y dicho resultado final puede inquirirse colocándose en diferentes puntos de vista.

En la esfera filosófica se ha acogido muchas veces con agrado la comparación que asemeja la marcha de la filosofía á una jornada que partiendo de la noche continúa por la mañana, sigue al medio día y la tarde para volver de nuevo á la noche; según esta comparación, los físico-filósofos de la escuela jónica primero y los epicúreos después, se encuentran en la noche de partida y en la noche de llegada; pero no ha de olvidarse que Epicuro, el último representante de la filosofía griega, por su vuelta á las concepciones más sencillas, no la redujo á la poesía enfática que caracteriza los orígenes de la nación helénica, antes por el contrario, la doctrina de Epicuro forma la transición natural al período de las investigaciones más fecundas en el terreno de las ciencias positivas. Los historiadores se complacen en recordar que el rápido desenvolvimiento de la filosofía griega produjo una escisión irremediable entre la flor de los pensadores y el pueblo entregado á sencillas ficciones; esta escisión había traído, según ellos, la ruina de la nación; aceptando esta última consecuencia, puede tenerse como cierto que la ruina de una nación no entorpece la marcha de la humanidad, sino que esta nación, en el momento de desaparecer, transmite al mundo los frutos sazonados de su actividad como hace la planta que al marchitarse deja caer su semilla; si se ve, pues, que más tarde estos resultados llegan á ser el germen de nuevos é imprevistos progresos, consideraremos con más imparcialidad la marcha de la

filosofía y de la investigación científica colocándonos en el punto de vista más elevado de la historia de la civilización, y se verá fácilmente demostrado que los brillantes descubrimientos de nuestra época en las ciencias físicas se remontan en todas sus partes, por lo que concierne á su origen, á las tradiciones de la escuela de Alejandría.

El mundo entero conoce las bibliotecas y escuelas de Alejandría, la munificencia de los Ptolomeos y el entusiasmo de profesores y discípulos; pero no es ahí donde es preciso buscar la importancia histórica de Alejandría sino en el principio vital de toda ciencia, en el método, que se mostró entonces por vez primera tan perfecto que su influjo se extendió ya á todos los tiempos. Este progreso en el método no se realizó exclusivamente en tal ó cuál ciencia, ni aun sólo en la ciudad de Alejandría; se manifestó más bien como carácter común de las investigaciones helénicas cuando hubo dicho su última palabra la filosofía especulativa; la gramática, de la cual los sofistas habían dado los fundamentos, tuvo entre los alejandrinos á Aristarco de Samotracia, modelo de críticos, cuyas obras consulta aún con provecho nuestra filología contemporánea. En la historia, Polibio comenzó á poner en evidencia el encadenamiento de causas y efectos, y el gran Scalígero trató de renovar en los tiempos modernos los estudios cronológicos de Manetón. Euclides creó el método geométrico, y sus *Elementos* sirven todavía de base á esta ciencia. Arquímedes dió con la teoría de la palanca el fundamento de toda la estática y, de su época hasta la de Galileo, la mecánica no hizo adelanto alguno. La astronomía, que había quedado estacionada después de Thales y Anaximandro, brilló con luz propia entre las ciencias del período alejandrino. Whewell elogia con razón «la época inductiva de Hiparco» porque el método inductivo fué en realidad empleado por vez primera por éste con toda la solidez y originalidad que le caracterizan, pues la fuerza demostrativa de dicho método descan-

sa precisamente en la hipótesis de la regularidad y necesidad de la marcha del universo, que Demócrito había ya formulado el primero; después de esto se comprende el poderoso influjo de la astronomía en las épocas de Copérnico y Keplero, verdaderos renovadores de este método, del que Bacon hizo la exposición. El complemento necesario del método inductivo, segundo punto de apoyo de las ciencias modernas, es como se sabe la experimentación, la cual nació paralelamente á aquél en las escuelas de medicina de Alejandría; Herófilo y Erasistrato hicieron de la anatomía la base de los conocimientos médicos y, á lo que parece, se practicaron vivisecciones; entonces floreció una escuela influyente que adoptó por principio el empirismo, en la buena acepción de la palabra, y cuyos esfuerzos obtuvieron una justa recompensa en los grandes progresos que realizó en la ciencia. Si se resumen todos los elementos de este esplendor científico, los trabajos de la escuela de Alejandría no pueden menos de inspirar profunda admiración y respeto; no fué la falta de vitalidad, sino la marcha de los acontecimientos quien puso término á este prodigioso vuelo de la inteligencia; bien puede decirse que el renacimiento de las ciencias fué en cierto modo la resurrección de la escuela de Alejandría.

No son de despreciar los resultados de las investigaciones positivas hechas en la antigüedad; sin hablar de la gramática, de la lógica, de la historia y de la filología, á las que nadie habrá que regatee su inmenso y durable valor, mencionaremos aquellas ciencias que precisamente en los tiempos modernos han alcanzado perfeccionamiento tan notable gracias á los importantes resultados conseguidos por los sabios de Grecia. Cualquiera que recuerde el mundo homérico con sus incesantes prodigios, el círculo estrecho de sus conocimientos geográficos y sus sencillas ideas acerca del cielo y los astros, habrá de reconocer que el pueblo griego, por lo general tan bien do-

tado, empezó formando su concepción del mundo con elementos puramente infantiles; de la ciencia de los indos y de los egipcios no había recogido más que fragmentos dispersos que, sin la propia colaboración helénica, no habrían podido adquirir jamás un desarrollo notable. La defectuosa carta geográfica del reducido número de comarcas que encerraba el Mediterráneo (comarcas que Platón reconocía ya como una exigua porción del globo), las fábulas acerca de los hiperbóreos y de los pueblos del extremo Occidente, que vivían más allá de los lugares donde se ocultaba el sol, y los cuentos relativos á Scila y Caribdis, prueban que la ciencia y el mito difieren apenas en el pensamiento de los griegos de entonces.

Los acontecimientos corresponden á semejante teatro: los dioses intervienen en cada fenómeno de la naturaleza; estos seres, para los cuales creó el sentido estético del pueblo tipos tan soberbios de vigor y gracia humana, estaban en todas y en ninguna parte, su acción eximía de inquirir la correlación de las causas y de los efectos; en su origen los dioses no fueron todopoderosos, pero no se conocían los límites de su poder; todo es posible y nada puede calcularse de antemano; el argumento *per absurdum* de los materialistas griegos: «luego todo puede provenir de todo», no tiene efecto alguno en este mundo primitivo; en efecto, aquí todo proviene de todo, porque la hoja no puede moverse, ni elevarse la niebla, ni el rayo de luz brillar y mucho menos relampaguear y tronar sin la intervención de una divinidad; en este mundo fantástico no existe todavía vislumbre alguno de ciencia. Entre los romanos aún era peor, si cabe; además, éstos recibieron de los griegos su primer impulso científico; sin embargo, el estudio del vuelo de las aves y los fenómenos del rayo dieron á conocer un buen número de hechos positivos concernientes á las ciencias de la naturaleza; así, pues, la civilización greco-romana sólo tuvo en sus comienzos rudimentos insignificantes de astronomía y meteorología, pero nada

absolutamente de física y fisiología; en cuanto á la química no existía ni el menor presentimiento de ella; todo cuanto ocurría era ó corriente, ó accidental, ó maravilloso; la ciencia no figuraba allí para nada; en una palabra, estaban desprovistos del primer instrumento necesario para el estudio de la naturaleza: la hipótesis.

Al fin de la corta y brillante carrera recorrida por la civilización antigua todo cambia: el principio en virtud del cual los fenómenos naturales tienen sus leyes y pueden ser estudiados, está fuera de toda duda; los caminos de la investigación científica se ensanchan y regularizan; la ciencia positiva de la naturaleza, dirigida hacia el estudio escrupuloso de los hechos aislados y de la clasificación luminosa de los resultados adquiridos por este estudio, está ya completamente separada de la filosofía especulativa de la naturaleza que se esfuerza en descender hasta las causas últimas de las cosas, traspasando los límites de la experiencia. El estudio de la naturaleza ha encontrado un método preciso; la observación voluntaria reemplaza á la observación fortuita; los aparatos ayudan á precisar la observación y á conservar sus resultados; en resumen, se experimenta. Las ciencias exactas, enriqueciendo y perfeccionando las matemáticas, adquieren el instrumento que permitía á los griegos, á los árabes y á los pueblos germano-romanos alcanzar grado por grado los más grandiosos resultados, ya prácticos ó bien teóricos; Platón y Pitágoras inspiraron á sus discípulos el gusto á las matemáticas; después de más de dos mil años, los libros de Euclides constituyen todavía, aun en la patria de Newton, la base de la enseñanza de las matemáticas, y el antiguo método sintético ha celebrado su último y más grande triunfo en los *Principios matemáticos de filosofía natural*.

La astronomía, auxiliada por sutiles y complicadas hipótesis acerca del movimiento de los cuerpos celestes, obtiene resultados á los que no pudieron llegar los más

antiguos observadores de los astros, indos, babilonios y egipcios; una evaluación casi exacta de la posición de los planetas, la explicación de los eclipses lunares y solares, y el catálogo preciso y el agrupamiento de las estrellas fijas, no son los únicos resultados obtenidos por los astrónomos griegos; la idea fundamental del sistema de Copérnico, esto es, que el sol está colocado en el centro del universo, se encuentra también en Aristarco de Samos, y es muy probable que Copérnico la conociera; si se examina el mapamundi de Ptolomeo se encontrará también la fabulosa comarca del Mediodía que unía el Africa á la India y hace del Océano Índico un segundo Mediterráneo más grande que el primero; sin embargo, Ptolomeo no da esta comarca más que hipotéticamente; pero ¡qué claridad ya en las partes del mapamundi que representan á Europa y á las regiones del Asia y Africa más cercanas de Europa! Después de largo tiempo se convino en dar á la tierra una forma esférica; la determinación metódica de los lugares, con auxilio de los grados de longitud y latitud, formó un precioso cuadro en el que encontraron su sitio correspondiente los hechos ya adquiridos y todos los nuevos descubrimientos; hasta fué calculada la circunferencia de la tierra por una ingeniosa observación de los astros; en este cálculo hubo sin duda algún error, pero dicho error contribuyó al descubrimiento de América, pues apoyándose en Ptolomeo y en la esperanza de llegar á las Indias Orientales fué como Cristóbal Colón se encaminó hacia el Oeste.

Mucho tiempo antes de Ptolomeo las investigaciones de Aristóteles y de sus antecesores habían suministrado muchas enseñanzas acerca de la zoología y de la botánica de las regiones remotas y cercanas de Grecia; algunas descripciones exactas y el estudio anatómico del interior de los cuerpos organizados prepararon las consideraciones generales acerca de las formas que, desde las más humildes á las más elevadas, fueron

consideradas como una serie de pruebas de la existencia de fuerzas creadoras, de las cuales era el hombre su obra maestra. Aunque el error se mezclase con frecuencia á la verdad, no por eso dejó de conquistarse una base en extremo preciosa durante el período que hubo de durar la pasión por las investigaciones científicas. Los triunfos de Alejandro en Oriente, enriqueciendo las ciencias y suscitando la comparación, abrieron nuevos horizontes á la inteligencia; la escuela de Alejandría aumentó el número é hizo el escrutinio de estos materiales; así, cuando Plinio el Viejo se esforzó en describir la naturaleza y la civilización en su obra enciclopédica, se poseían ya conocimientos más profundos que antes de las relaciones del hombre con el universo; en este sabio infatigable (que termina su grande obra por una invocación á la naturaleza, madre universal, y que muere estudiando la erupción de un volcán) la idea del influjo de la naturaleza sobre la vida del pensamiento en el hombre fué una concepción fecunda y un estímulo poderoso para las investigaciones sucesivas.

En física conocieron los antiguos, con ayuda de la experiencia, los elementos de la acústica, de la óptica, de la estática y la teoría de los gases y los vapores; los sabios griegos inauguraron el gran camino de los descubrimientos, después los pitagóricos estudiaron la elevación y el descenso de la tonalidad en sus relaciones con la masa de los cuerpos sonoros, hasta que, por último, Ptolomeo hizo experimentos acerca de la refracción de la luz; las poderosas construcciones, las máquinas de guerra y los trabajos de transporte de los romanos, fueron concebidos según una teoría científica y ejecutados con facilidad y prontitud, mientras que los monumentos gigantescos de los orientales han sido obra del tiempo y de las multitudes condenadas al trabajo por el despotismo de los reyes. La ciencia médica, cuyo representante más ilustre fué Galeno de Pérgamo, había comenzado á tra-

tar la cuestión más delicada de la fisiología, el funcionamiento de los nervios; el cerebro, considerado al principio como una masa inerte (del que no entreveían más utilidad de la que los fisiólogos modernos ven en el bazo), llegó á ser, á los ojos de los médicos, el lugar del alma y de las sensaciones; Sæmmering encontró aún, en el siglo XVIII, la teoría del cerebro casi en el mismo punto en que Galeno la había dejado. En la antigüedad conocieron la importancia de la medula espinal dos mil años antes de Carlos Bell; se sabían distinguir los nervios propios de la sensación de los nervios motores, y Galeno, con gran asombro de sus contemporáneos, curaba las parálisis de los dedos operando en las partes de la medula espinal de donde parten los nervios que vienen á parar á las manos; no hay, pues, que sorprenderse si ya Galeno consideraba hasta las ideas como resultado de los distintos estados del cuerpo.

Después de haber visto formarse de este modo un conjunto de diversos conocimientos que, penetrando profundamente en los secretos de la naturaleza, suponen en principio la idea de que todo lo que sucede depende de leyes generales, debemos preguntarnos en qué medida el materialismo contribuyó á adquirir dichos conocimientos y concepciones. Ante todo, un hecho singular se nos presenta; excepto Demócrito, apenas si uno solo de los grandes inventores y de los investigadores de la naturaleza pertenecen expresamente á la escuela materialista; vemos, por el contrario, entre los nombres más ilustres, un gran número de hombres que, en franca oposición al materialismo, profesan el culto del ideal, de la forma, ó que eran sus entusiastas sobre todo. En primer lugar, refiriéndonos á los matemáticos, Platón, el padre de todos esos delirios que en el transcurso de la historia se nos aparecen tan pronto seductores y profundos como tan pronto apropiados para perturbar los espíritus lanzándolos al fanatismo, es al mismo tiempo el padre in-

telectual de una serie de investigadores que llevaron la más lúcida y lógica de todas las ciencias, la matemática, al punto más elevado que pudo alcanzar en la Edad antigua; los matemáticos de Alejandría eran casi todos platonicos y, cuando empezó la degeneración del platonismo, cuando la gran revolución religiosa que se preparaba vino á agitar y perturbar la filosofía, la escuela de Alejandría produjo aún grandes matemáticos: Theon y su nobilísima hija Hipatia, martirizada por el populacho cristiano, representan ese progreso científico; Pitágoras había impreso una dirección análoga á su escuela, la cual poseyó un matemático eminente, Arcitas; apenas si el epicúreo Polión merece colocarse al lado de ellos; Aristarco de Samos, el precursor de Copérnico, pertenecía también á las antiguas tradiciones pitagóricas; el gran Hiparco, que descubrió la precesión de los equinoccios, creía en el origen divino de las almas humanas; Eratóstenes formaba parte de la Academia media, que con sus elementos de escepticismo descompuso el platonismo; Plinio, Ptolomeo y Galeno, sin pertenecer rigurosamente á sistema alguno, profesaban principios panteístas y, si hubieran vivido hace doscientos años, quizás les hubieran, como ateos y naturalistas, incluido entre los partidarios del materialismo; pero lo cierto es que Plinio no profesaba las opiniones de ninguna escuela filosófica, aunque en sus escritos estuvo en fragante oposición con las ideas populares y se inclinaba al estoicismo; Ptolomeo, preocupado con la astrología, adaptó su concepción del mundo á las ideas de Aristóteles más que á las de Epicúreo; Galeno, el más filósofo de los tres, era un ecléptico muy versado en los más diversos sistemas, pero el de Epicúreo fué el que menos le agradaba: sólo en su teoría del conocimiento admitía el principio epicúreo de la certidumbre inmediata de las sensaciones, completándola con la afirmación de verdades intelectuales inmediatas y anteriores á toda experiencia (40).

Fácilmente se ve que la escasa participación del materialismo en las conquistas de la ciencia positiva no es accidental, lo que no ha de atribuirse al carácter quietista y contemplativo del epicurismo, sino que es preciso reconocer que la *tendencia idealista* en los maestros de la ciencia va estrechamente asociada á sus descubrimientos. No dejemos aquí escapar la ocasión de profundizar una gran verdad: lo que es objetivamente exacto y racional, no es siempre lo que produce más progresos en la ciencia ni aun lo que suministra al hombre mayor cantidad de nociones objetivamente exactas; del mismo modo que un cuerpo, en su caída, llega más pronto al fin por el bracistocrono que por el plano inclinado, así la armonía del organismo humano es causa de que muy á menudo el camino indirecto de la imaginación conduzca más pronto á la concepción de la verdad desnuda que los esfuerzos de un espíritu tranquilo que trabaja en arrancar los múltiples velos en que se envuelve aquélla.

Es indudable que la antigua doctrina de los átomos, sin poseer la verdad absoluta, se aproximó á la esencia de las cosas tanto como podemos concebirla científicamente, mucho más que la teoría pitagórica de los números y la ideología de Platón; aquélla, en general, fué un paso mucho más directo y más acentuado hacia la ciencia de los fenómenos naturales que las profundas pero inciertas teorías que han surgido casi completas de los sueños fantásticos de un individuo; sin embargo, no es posible separar la ideología platónica de ese amor infinito del hombre á las formas puras, en las cuales se halla la idea matemática de todas las formas, cuando se eliminan el accidente y la imperfección; lo mismo ocurre con la teoría pitagórica de los números, porque el amor íntimo á todo lo que es armónico y la necesidad de profundizar las relaciones meramente numéricas de la música y las matemáticas hacen nacer en el alma individual el pensamiento creador; así es que, desde el día en que

Platón colocó en el frontispicio de su escuela la inscripción: «Nadie entre aquí si no es geómetra», hasta terminar la civilización antigua, la historia de los descubrimientos y de los inventores justifica constantemente esta verdad de que la tendencia del espíritu hacia lo suprasensible ayuda poderosamente á encontrar, por el camino de la abstracción, las leyes del mundo de los fenómenos sensibles. ¿Dónde están entonces los méritos del materialismo?

¿Convendría acaso conceder á los delirios de la imaginación la superioridad así en el terreno de las ciencias exactas como en el del arte, la poesía y la vida intelectual? Evidentemente no. La cuestión presenta otra faz estudiando la acción indirecta del materialismo y sus relaciones con el método científico. Cuando atribuimos al esfuerzo subjetivo y al presentimiento individual de ciertas causas finales una gran influencia en la dirección y energía del movimiento del espíritu hacia la verdad, no debemos olvidar ni un solo instante que éstos son precisamente los caprichos de la imaginación, el punto de vista mitológico que ha impedido durante mucho tiempo y tan poderosamente el desarrollo de la ciencia y que todavía hoy le dificulta en muchos conceptos. Desde que el hombre, libre de preocupaciones, comenzó á examinar con claridad y precisión los hechos particulares, y desde que reunió los resultados de sus observaciones en una teoría sólida y sencilla, aunque errónea á veces, se aseguraron los progresos futuros de la ciencia; este procedimiento pudo distinguirse fácilmente del procedimiento propio de la imaginación en el descubrimiento de ciertas causas finales; este último, como ya hemos indicado, posee en circunstancias favorables un gran valor subjetivo fundado en lo bien que facilita el juego recíproco de las facultades intelectuales, pudiendo afirmarse en cambio que el origen del examen claro y metódico de las cosas es, por decirlo así, el único origen verdadero del conoci-

miento de las mismas; este método debe todo su valor á su alcance objetivo; las cosas exigen en cierto modo que se las trate de esta manera, y la naturaleza sólo responde á las cuestiones bien formuladas; aquí podemos remitirnos á los orígenes del espíritu científico entre los griegos, esto es, al sistema de Demócrito y á la acción luminosa que ha ejercido en torno suyo; esta luz ilumina á la nación entera, brilla con todo su fulgor en esta concepción, la más sencilla y sensata que puede formarse nuestra inteligencia del mundo material y resuelve el universo, multicolor y cambiante, en moléculas inalterables, pero móviles; aunque esta doctrina, por otra parte ligada íntimamente al materialismo de Epicúreo, no haya adquirido toda su importancia más que en los tiempos modernos, no por eso ha dejado de ejercer una gran influencia en la antigüedad como el primer modelo de una teoría que tan perfectamente explica todos los cambios; Platón mismo dividió su materia «no existente», pero, sin embargo, indispensable para la construcción del universo, en corpúsculos elementales y móviles, y Aristóteles, que se resiste obstinadamente á admitir la existencia del vacío y erige en dogma la continuidad de la materia, parte, tan acertada como desacertadamente, de ese punto de vista tan escabroso en su teoría del cambio y del movimiento con la cual pretende rivalizar en claridad con Demócrito.

Sin duda nuestro atomismo actual está en relación mucho más directa con las ciencias positivas después de los progresos de la química, de la teoría de las vibraciones y de la explicación matemática de las fuerzas que obran en las más pequeñas moléculas; pero las relaciones de todos los fenómenos de la naturaleza, por lo general tan enigmáticos, del nacimiento, decrecimiento, desaparición aparente y reaparición inexplicada de las diversas materias y de las relaciones de las cosas, en una palabra, de un principio único y absoluto, de una concepción



fundamental, palpable, por decirlo así, fueron el huevo de Colón para la ciencia de la naturaleza en la antigüedad. La intervención fantástica de los dioses y de los genios se desvaneció como al golpe de una varita mágica y, cualquiera cosa que pudiesen idear las almas pensadoras relativas á las cosas ocultas detrás de los fenómenos, despejaba de nubes, á los ojos de los sabios, el mundo sensible; hasta los verdaderos discípulos de Platón y de Pitágoras experimentaron ó meditaron acerca de los fenómenos de la naturaleza sin confundir la región de las ideas y de los números místicos con lo que se ofrecía directamente á sus miradas. Esta confusión, en la cual han caído tan torpemente algunos filósofos naturalistas de la Alemania moderna, sólo se produjo en la antigüedad clásica en el momento de la decadencia, cuando los neoplatínicos y los neopitagóricos se abandonaron á todos sus delirios.

La santidad moral del pensamiento, que mantenía la acción de un sobrio materialismo, apartó durante largo tiempo á los idealistas griegos de esos caminos funestos; así es que, bajo cierto aspecto, la filosofía helénica conservó un tinte materialista desde sus comienzos hasta la época de su completa decadencia, explicando con preferencia los fenómenos del mundo de los sentidos por medio de la percepción externa ó por lo menos con el auxilio de lo que se imaginaban como accesible á nuestros sentidos. Sea la que sea la opinión que se formule acerca del conjunto del sistema de Epicuro, lo cierto es que los físicos de la antigüedad han utilizado más bien los principios materialistas que contiene que el sistema mismo. De todas las escuelas filosóficas de la antigüedad, la epicúrea quedó la más sólidamente unida y la menos variable; rara vez se vió á un epicúreo pasar de un sistema á otro; rara vez también, aun entre los discípulos más lejanos del maestro por el tiempo, se produjo tentativa alguna de modificar sus doctrinas; este exclusivis-

mo tan tenaz prueba que en la escuela epicúrea el aspecto moral del sistema era muy superior al aspecto físico; cuando Gassendi en el siglo xvii restituyó el sistema de Epicúreo y le opuso al de Aristóteles, se esforzó en hacer prevalecer la moral de Epicúreo tanto como lo permitía el predominio del cristianismo, y no puede negarse que esta moral ha suministrado un elemento enérgico al desarrollo del espíritu moderno; sin embargo, el punto más importante fué desembarazar inmediatamente de las cadenas del sistema el pensamiento fundamental de Demócrito; modificada en muchos puntos por hombres como Descartes, Newton y Boyle, la teoría de los corpúsculos elementales produjo por su movimiento todos los fenómenos y llegó á ser la base del conocimiento de la naturaleza entre los modernos; pero la obra que desde el renacimiento de las ciencias dió al sistema de Epicuro un poderoso influjo sobre el pensamiento de los pueblos modernos, es el poema didáctico del romano Lucrecio Caro, al cual consagraremos un capítulo especial á causa de su importancia histórica; dicho poema nos permitirá al propio tiempo profundizar los puntos más importantes de la doctrina epicúrea.